—¡Está bien! — dijo — estoy contento de ti.

Y mientras que los negros corrían esparcidos y se movían en la más grande confusión, pero incapacitados para organizar el menor socorro, el viejo cafre, silencioso, se sonreía por la puerta subalterna seguido de la vigorosa negra.

Llegó al llano, se detuvo un instante, echó una larga mirada hacia la quinta quemada y murmuró tristemente:

—¡Dentro de una hora no quedarán más que cenizas!

Y apretó el paso.

Al cabo de diez minutos llegó al cercado de caballos donde se apoderó fácilmente de dos soberbios jumentos, y les puso los arreos que había depositados en este sitio algunos días antes.

Los magníficos animales muy dóciles estaban dispuestos á subvenir á la larga carrera que iban á pedirles cuando Zezétte despertó.

Miró alrededor de ella con pavor, reconociendo á Zimbo.

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir el que yo esté aquí por la noche?—preguntó.

En este momento el incendio comenzaba á teñir de púrpura el cielo, llamando su atención.

—¡Zimbo! ¡Zimbo! ¡nuestra casa se quema! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! y papá que no está aquí. ¡Es preciso que vuelva en seguida... en seguida!

—No Zezétte, no volveremos. Esos infames han puesto fuego á la quinta. Buscan también á la pequeña Zezétte para hacerle mal: por eso nosotros debemos huir, huir en seguida.

Atontada, llena de estupor la pobrecita miraba á Zimbo y á la negra que no hablaba una palabra.

Zimbo acababa de acomodarla en la silla. Tendió el brazo y Paméla, le dió á la niña que tomó asiento delante de él sosteniéndola del brazo izquierdo mientras que con la mano derecha sujetaba las riendas.

—Sed prudente, pequeña Zezétte, sed prudente; en seguida nos iremos á reunir con vuestro padre.

Zezétte con los grandes ojos abiertos miraba con espanto las llamas que continuaban su obra de devastación.

—¡Qué desdicha!... ¡Qué desdicha!—balbuceó—¡Oh! ¡pobre papá! ¿Qué va á decir?

Paméla, también se había puesto en su cabalgadura con una prontitud que hubiesen envidiado muchas amazonas.

—¡En marcha!—exclamó Zimbo.

Y picando á su cabalgadura con el extremo de su cuchillo, marchó al galope en la noche profunda, seguido de cerca por Paméla.

Una hora después, las «Chevilletes», el antiguo dominio del señor Josselín, no parecía sino como un punto luminoso en el lejano horizonte.

XI

Mientras que Zimbo, Paméla y Zezétte huían en dirección al Este, el desarrollo del fuego llegaba á su colmo en las «Chevillettes».

Alrededor de la quinta quemada los negros se esparcían dando gritos y reclamaban la ayuda que sabían no debían esperar de nadie, pues, aparte de el pabellón de la mina de los Blackbaern, ninguna casa no se hallaba á menos de cuatro leguas de distancia.

De repente, los pobres diablos se asustaron; en el resplandor proyectado por el incendio acababan de distinguir á Jim y Joe Blackbaern, al señor Blaisois y al negro Swani.

Los negros temían como á la peste á los dueños de la mina y á su digno contramaestre; desde que estaba en la quinta el vizconde no había conseguido nunca captarse las simpatías de los criados, pero era tanta la turbación de éstos que acogieron al cuarteto como á sus salvadores.

—¿Se han salvado los animales que quedan en la quinta?—preguntó el vizconde.

Nadie respondió.

—¡Atajo de brutos! Os quejáis como las mujeres, ahora que es preciso moverse, ¡manos á la obra! y que en cinco minutos estén todas las bestias fuera de peligro.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00006D19000010000